



“Generalidades”

p. 7-14

Luis Aveleyra Arroyo de Anda

*Antigüedad del hombre en México y Centroamérica:
Catálogo razonado de localidades y bibliografía selecta,
1867-1961 (Contribución al XXXV Congreso Internacional
de Americanistas, ciudad de México, agosto de 1962)*

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1962

74 p.

Mapas

(Primera Serie 70; Serie Antropológica 14)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 7 de mayo de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/063/antigüedad_hombre.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



GENERALIDADES

Si tuviera que valorarse cuál ha sido el más sólido logro de la arqueología mesoamericana durante los últimos diez a quince años, desde el punto de vista del aporte de conocimientos básicos que previamente no existían, tendría sin duda que tomarse muy en cuenta el fructífero y sorprendente desarrollo que, durante este lapso, han tenido los estudios sobre las culturas precerámicas de México.

Ya desde hace algunas décadas George C. Vaillant, con loable previsión, había dado el nombre de “Culturas Medias”, hoy mejor conocidas como “Preclásicas” o “Formativas”, a los niveles cerámicos más antiguos de la Cuenca de México por él excavados y sistematizados estratigráficamente. Tal apelativo, de “Culturas Medias”, presuponía la existencia de desarrollos culturales previos desde el punto de vista cronológico, tecnológico y económico.

Dichas manifestaciones precerámicas y pre (o proto) agrícolas, se mantuvieron durante muchos años en el terreno de la hipótesis y la conjetura por parte de todos los investigadores cuya preocupación fundamental ha sido la reconstrucción del pasado cultural de Mesoamérica. En realidad, con excepción de algunas investigaciones aisladas sobre el hombre fósil del centro de México en las últimas décadas del siglo pasado, la investigación científica de estos problemas permaneció durante muchos años ignorada en forma inexplicable mientras, por otra parte, los estudios sobre las muy diversas ramas de la arqueología monumental mesoamericana maduraban cada vez más hasta lograr el grado de adelanto en que hoy se encuentran.

Por fortuna, los trabajos de Arellano-Bryan-De Terra sobre la estratigrafía geológica de la Cuenca de México, a partir de 1945, marcaron el principio de una nueva época. No deja de ser significativo que hayan sido exclusivamente geólogos los que señalaron un



nuevo y muy importante campo de acción a la arqueología mexicana, poniéndose de manifiesto en esta forma la obligada interdependencia que siempre ha tenido el estudio de la Prehistoria con otras disciplinas que le dan fundamento.

Los hallazgos de los restos humanos fósiles de Tepexpan, en 1947, y del primer mamut asociado a implementos en Santa Isabel Iztapan, en 1952, parecen haber sido factor determinante para atraer el interés de muchos investigadores, nacionales y extranjeros, hacia este campo. Con posterioridad a dichos trabajos, y hasta la fecha, se han multiplicado en forma sorprendente las investigaciones sobre las primeras culturas del hombre en México con resultados insospechados y muy satisfactorios. El panorama cultural de la Prehistoria mexicana dista mucho, desde luego, de adquirir perfiles ni siquiera remotamente precisos. Los hallazgos y datos disponibles por ahora son aislados y en su gran mayoría inconexos. Sin embargo, este mosaico de información permite ya formular hipótesis de trabajo fundamentalmente válidas para futuras pesquisas.

El motivo de la publicación de este trabajo no ha sido intentar una síntesis interpretativa, o cualquier estudio de conjunto, sobre los materiales y demás evidencias que hasta hoy han proporcionado los yacimientos prehistóricos en México y Centro-América. Como su título lo indica, simplemente se ha pretendido compilar un catálogo, lo más completo posible hasta la fecha, de todas aquellas localidades que hayan proporcionado evidencias de ocupación humana durante los periodos geológicos relevantes para el estudio de la antigüedad del hombre en América, o sean, el Pleistoceno terminal (etapa glacial *Wisconsin* con sus correspondientes pluviales en zonas no glaciales) y la primera mitad del Reciente u Holoceno (etapa *Altitérmica* y principios de la *Meditérmica*, del Postglacial). Sobre cada localidad se han dado los datos que se consideran fundamentales y una bibliografía seleccionada.

En realidad, la idea de dar a la publicación este trabajo se ha derivado en forma secundaria de la tarea que el autor se ha impuesto en la actualidad, como investigador en el *Instituto de Historia* de la *Universidad Nacional Autónoma de México*, para la preparación de una segunda edición de una obra anterior (Aveleyra, 1950), hoy tristemente atrasada en su información debido a numerosos descubrimientos posteriores y nuevos conceptos que de éstos se han obtenido.

El autor reconoce con amplitud las limitaciones y defectos inherentes a una publicación de este tipo. Sin embargo confía que estas



paginas sirvan, al menos, como útil instrumento que ayude a otros investigadores proporcionando rápidas y correctas referencias.

Caben ahora algunas breves aclaraciones y advertencias acerca de los criterios y métodos según los cuales se ha organizado esta publicación.

Las localidades que se enlistan son exclusivamente todas aquellas que, *en Mesoamérica*, hayan proporcionado con cierta seguridad materiales *anteriores* cronológicamente a la fase más temprana, hasta hoy conocida, de las culturas Preclásicas o Formativas en las cuales aparece ya el complejo cerámica-agricultura *firmemente* establecido. En forma *un tanto variable*, de acuerdo a los distintos desarrollos culturales mesoamericanos, este límite podría fijarse quizá hacia los años 1500 a 1800 antes de J.C. En la parte norte de México que queda excluida de Mesoamérica y con una evolución cultural marcadamente distinta que se caracteriza por la supervivencia marginal, hasta tiempos tardíos, de grupos esencialmente nómadas con modos culturales de tipo paleoindio, los materiales que se incluyen son solamente aquellos que pueden atribuirse con bastante certeza y por medio de válidos criterios (consideraciones geológicas acerca de la antigüedad del yacimiento; posición estratigráfica definida; tipología establecida con solidez, etcétera), al Pleistoceno terminal o al Reciente inferior y medio de la región, o sea, una antigüedad mayor de 4 a 5000 años antes del presente, en términos generales.

Las localidades se han agrupado geográficamente, por entidades federativas de la República Mexicana y por países centro-americanos, y se citan siguiendo un orden general de norte a sur en el Continente.

Para cada localidad o hallazgo se suministra invariablemente, dentro de lo posible, la siguiente información en el orden que sigue:

- a) *Estado de la República Mexicana o país de Centroamérica.*
- b) *Fase cultural mayor a la cual pueda atribuirse la localidad o el hallazgo.*

Con respecto a este punto, debe aclararse que los hallazgos se han clasificado en dos grandes divisiones, de acuerdo con un criterio basado esencialmente en las posibles actividades subsistenciales —y económicas en general— que pudo haber desarrollado el grupo en cuestión, según inferidas por los materiales recobrados y demás evidencias que la localidad proporciona, susceptibles de interpretación en estos términos.



En esta forma, se han incluido dentro de una fase llamada *Paleoindia* a todos aquellos hallazgos o localidades atribuibles a cazadores nómadas de fauna extinta, en su inmensa mayoría confinados cronológicamente dentro de los límites del Pleistoceno Superior.

Por otra parte, se ha aventurado el término *Fase Mesoindia* para designar con él las culturas de recolectores avanzados y cultivadores incipientes semi-sedentarios, que constituyen una etapa proto-agrícola de transición entre los cazadores “paleoindios” del Pleistoceno y los inicios de las altas civilizaciones prehispánicas.

Esta última fase “Mesoindia” es de trascendental importancia para la arqueología mexicana pues comprende dentro de ella la gradual transformación económica y tecnológica de los grupos humanos. En el transcurso de este periodo ocurrió el abandono del nomadismo a cambio del establecimiento sedentario; la domesticación controlada de ciertas plantas; la invención y aprovechamiento del barro cocido y la cerámica; la diversificación y mejora de la tecnología en piedra, hueso y otros materiales; la transformación de los patrones demográficos y los importantes avances socio-políticos que todo esto trae aparejados y, en una palabra, todos los procesos de cambio cultural determinantes para la integración y el auge de Mesoamérica.

Sobre esta fase poco o nada se conocía en México hasta hace muy pocos años, y no ha sido sino hasta fechas recientes cuando se han realizado varios descubrimientos de la mayor importancia. Un desarrollo *paralelo* a éste que empieza a esbozarse en México (cuyas relaciones e inter-influencias culturales serán tema básico a investigar en próximos años) quizá deba buscarse en algunos importantes yacimientos de Norteamérica pertenecientes a lo que H. M. Wormington ha llamado *Tradición paleo-occidental* (Wormington, 1957, p. 21), manifestada en sitios como los de *Fort Rock Cave; Danger Cave; Pinto Basin; Bat Cave; Ventana Cave* y *Cochise*, corriente que en ciertos aspectos se identifica estrechamente con lo que algunos autores norteamericanos han llamado *Culturas del Desierto* (Jennings y Norbeck, 1955); (Lister, 1961, p. 41). Debe aclararse que en el “Gran Suroeste” de los Estados Unidos de Norteamérica este horizonte de “Culturas del Desierto”, caracterizado por grupos primitivos de recolectores y cazadores de fauna menor que debieron ser portadores del germen de civilizaciones agrícolas que florecerían más tarde, no es producto *necesariamente* de una evolución a partir de las culturas de cazadores nómadas de fauna extinta del Pleistoceno Superior. Las llamadas “Culturas del Desierto”, en efecto, han de-



mostrado en ciertos casos tener raíces propias y una antigüedad comparable a la de ciertos desarrollos típicamente paleoindios, como el de la cultura *Folsom* y otros posteriores caracterizados por las puntas de proyectil *Eden*, *Scottsbluff*, *Angostura*, etc. Es convicción del autor que en México podemos y debemos esperar una situación semejante. En cuanto a las localidades de la “Fase Paleoindia” enlistadas en este trabajo, algunas de ellas fácilmente identificables como claras infiltraciones de los cazadores pleistocénicos de Norteamérica, no es remoto suponer que tengan su correspondencia septentrional en los numerosos y bien conocidos yacimientos que Wormington ha englobado dentro de su *Tradición paleo-oriental*.

Con referencia al empleo de los términos *Fase Paleoindia* y *Fase Mesoindia* para designar las etapas culturales arriba enunciadas se desea aclarar, finalmente, que ha sido inspirado en un breve trabajo conceptual que el autor considera de gran interés por su sólido contenido expresado en un mínimo de palabras y que es, sin duda, merecedor de mayor atención por parte de los teorizantes, filósofos y sintetizadores de las grandes divisiones temporales de la arqueología americana. Se trata de una breve nota publicada por Smith (1957) en la cual propone el uso de los términos *Paleoindia*, *Mesoindia*, *Neoindia* e *Histórica*, para designar con ellos, respectivamente, a las cuatro grandes divisiones de la evolución cultural indígena de Norteamérica. Smith ofrece válidas razones para adoptar esta terminología, señalando los defectos de otros sistemas clasificatorios hoy en boga en los Estados Unidos de Norteamérica. Es muy posible que el sistema sea aplicable a Mesoamérica, en la siguiente forma:

La palabra fase *Paleoindia*, la cual por cierto se ha usado ya extensamente con connotación bien definida en este sentido, designaría a los primitivos pueblos nómadas y cazadores con una economía totalmente basada en la explotación improductiva, en tanto que es irre recuperable, de los productos silvestres que *flora* y *fauna* les ofrecen. Los cazadores de fauna extinta del Pleistoceno terminal en México, fundamentalmente, integrarían este periodo.

La fase *Mesoindia* comprendería los grupos afines a las “Culturas del Desierto” del suroeste norteamericano, en una etapa económica transicional entre la caza-recolección primitiva, por una parte, y la agricultura firmemente establecida por la otra. Serían pueblos recolectores avanzados y cultivadores incipientes cuya antigüedad, en México, puede remontarse hasta los mismos inicios del Holoceno o



quizá aún antes, desarrollándose hasta el principio de las primeras culturas aldeanas, cerámicas y agrícolas, del Preclásico Inferior.

En Mesoamérica, la siguiente fase *Neoindia* podría quizá comprender los dos primeros grandes horizontes arqueológicos en su totalidad, el Preclásico y el Clásico, terminando esta fase y dando comienzo la *Histórica* en aquel momento para el que se cuente con las primeras noticias históricas realmente veraces. Dicho momento, en términos generales, podría fijarse en los principios de Tula y los toltecas, aunque en otras zonas como en la Mixteca, gracias a las investigaciones de Caso sobre las genealogías contenidas en códices y otros documentos, ocurriría en época anterior.

No es aquí, sin embargo, el lugar ni el momento para argumentar con respecto a la posible validez y conveniencia de este esquema.

c) *Nombre y localización geográfica del sitio de hallazgo.* La información a este respecto que se proporciona en el texto se complementa gráficamente con los dos mapas que acompañan este trabajo. El primero de ellos (Mapa 1) señala la localización de todos los sitios excepto aquellos situados en la cuenca central de México, los cuales están marcados en otro mapa, a mayor escala, de esta importante área (Mapa 2).

d) *Fecha de descubrimiento o exploración de la localidad.* Se ha tratado de proporcionar este dato con la mayor precisión aunque esto no ha sido posible en varios casos, especialmente aquellos descubrimientos realizados a fines del siglo pasado o en las primeras décadas de éste, sobre los cuales la información disponible es deficiente.

e) *Autor principal.* Este dato se refiere a la persona (o personas) que realizó el *descubrimiento original* de la localidad o materiales. Cuando esta información se desconoce, o es en realidad irrelevante, se menciona el nombre de quien haya tenido parte más activa en dar a conocer el hallazgo, sea en su descubrimiento original, en la dirección de la excavación de la localidad o en la publicación de la información científica al respecto.

f) *Naturaleza del hallazgo.* En la ficha correspondiente a cada localidad se da aquí una breve síntesis explicativa de la naturaleza y significación del descubrimiento. En algunos casos se incluyen juicios críticos con respecto a la interpretación o cronología de los materiales y debe advertirse que, invariablemente, dichas evaluaciones son resultado exclusivo del criterio personal del autor de este tra-



bajo y no necesariamente de la persona o personas autoras del hallazgo, o de aquellas citadas en la bibliografía. Debe advertirse que casi la totalidad de las localidades y hallazgos aquí enlistados tienen fundamento y documentación científica suficientemente sólidos, y por lo tanto quedan, con toda propiedad, circunscritos dentro del ámbito cronológico-cultural que se ha impuesto para este trabajo. Hay unas cuantas localidades, sin embargo, cuya filiación cultural “prehistórica” (o cuya antigüedad geológica) no está comprobada con igual certeza, o bien corresponde francamente a fases más tardías. Estos casos son, por ejemplo, muchas de las localidades con materiales *de superficie* descritas por H. de Terra en Tepexpan y otras regiones de México; hallazgos descritos hace varias décadas y de difícil evaluación hoy en día (materiales de Hamy y descubrimientos de El Peñón I, D. F., Xico, Méx., Amanalco de Becerra, Méx., La Concepción, Campeche); y, finalmente, descubrimientos modernos de dudosa interpretación por diversas causas (restos humanos de San Vicente Chicoloapan, Méx.; de Santa María Astahuacan, D. F., y de Tamazulapan, Oax.; hallazgos en Valsequillo y otras localidades de Puebla). Se han incluido estas localidades sea por su interés histórico para los estudios del hombre antiguo o sea porque, a pesar de las opiniones controvertibles con respecto a ellas, pueden en el futuro, mediante exploraciones adicionales, suministrar evidencias de mayor solidez.

g) *Bibliografía.* La bibliografía que se proporciona con cada una de las localidades *no pretende ser exhaustiva* pues no se ha considerado necesario incluir a todos los autores que han publicado sobre un sitio dado. La bibliografía tiene un carácter *selectivo* e incluye por lo tanto, como norma general, solamente la publicación *original* en donde se da a conocer por primera vez el hallazgo y todos aquellos trabajos adicionales (del mismo autor o de otros investigadores) que con posterioridad aportan nuevos datos que complementan, confirman o modifican en cierto grado los puntos de vista propuestos en la publicación original. En aquellas localidades para las que se menciona más de un trabajo publicado con respecto a ellas, el orden de estas citas bibliográficas es simplemente cronológico; la publicación más importante, que contiene la información más completa sobre dicho sitio en particular, se ha destacado en *cursiva*.

Una publicación de este tipo es dependiente en buena parte de las informaciones, muchas de ellas inéditas o poco accesibles, amablemente ofrecidas por muchas personas. El agradecimiento sincero del



autor va por lo tanto a todos aquellos investigadores que han escudriñado el más remoto pasado de nuestro país y cuyos nombres, por entero, se citan en la bibliografía. La valiosa orientación que ha proporcionado la obra clave de Martínez del Río (1953), y las compilaciones de Maldonado-Koerdell (1947-49) debe destacarse particularmente.

El autor agradecerá cualquier sugerencia o aviso referente a indudables omisiones que aquí existan con objeto de poder presentar en el futuro, eventualmente, una contribución aún más completa.